

**Beltrán, Oscar Horacio**

*Homo sapiens: filosofía y ciencia. En busca de la  
definición de hombre*

Sapientia Vol. LXXI, fasc. 238, 2015

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Beltrán, Oscar H. "Homo sapiens : filosofía y ciencia: en busca de la definición de hombre" [en línea]. *Sapientia*, 71.238 (2015). Disponible en:  
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/homo-sapiens-filosofia-ciencia.pdf> [Fecha de consulta:.....]

OSCAR HORACIO BELTRÁN

*Universidad Católica Argentina  
Santa María de los Buenos Aires  
Argentina  
oscarbeltran58@gmail.com*

## ***Homo Sapiens: Filosofía y Ciencia.*** **En busca de la definición de hombre**

La ciencia, como expresión de conocimiento perfecto y acabado, tiene a cargo dos tareas fundamentales en relación con su objeto formal: la definición de su esencia y la demostración de sus propiedades. En tal sentido, Aristóteles considera a Sócrates como el verdadero fundador de la actitud científica por haber sido el primero que se preocupó por las definiciones de las cosas<sup>1</sup>. San Alberto Magno enseña que, precisamente en virtud de estos dos quehaceres, la lógica como instrumento de la ciencia ha de dividirse en las partes respectivas: lógica de la definición y lógica de la demostración<sup>2</sup>. Y es precisamente el modo de definir el que da pie a la conocida división del saber especulativo según los tres tipos básicos de abstracción<sup>3</sup>.

La posibilidad de la ciencia depende, entonces, de la posibilidad de encontrar las definiciones adecuadas. Como la definición es un principio de la ciencia no cabe llegar a ella en virtud de un proceso demostrativo<sup>4</sup>. Como ocurre con todos los principios, la definición es término de un proceso inventivo, que apela de manera prioritaria a la condición intuitiva del entendimiento y a su perspicacia en el comercio con los sentidos y el invalorable auxilio de la *vis cogitativa*.

El punto de apoyo fundamental de esta posibilidad está justamente en la asignación del objeto formal propio del intelecto

---

<sup>1</sup> *Metafísica* I, 6 987 b4.

<sup>2</sup> *Comentario a los Predicables* cap. 5.

<sup>3</sup> *Comentario a los Segundos Analíticos*, lectio 1.

<sup>4</sup> *Comentario a los Segundos Analíticos* II, lectio 2.

humano. Santo Tomás ha expresado en numerosos pasajes que lo que cae de por sí y ante todo bajo la mirada de nuestro entender es la esencia de las cosas que existen con materia sensible<sup>5</sup>. El *quid* de lo existente es el lenguaje natural de la inteligencia humana. Pero esa afinidad con lo esencial no quita que, en virtud de la imperfección de nuestro conocer en su ejercicio concreto, la captación de las esencias se verifique de un modo precario e incompleto, mediante la aprehensión de ciertos rasgos accidentales<sup>6</sup>.

Ahora bien, lo imperfecto tiene que ver con lo potencial e indeterminado. Por ello sostiene Aristóteles que nuestro conocimiento progresa en una vía de determinación creciente, desde lo genérico y confuso hacia lo específico y distinto. No tenemos dificultad en identificar y definir con precisión las grandes regiones del ente categorial: substancia, cuerpo, viviente, animal. Pero a partir de allí ingresamos en el laberinto de las incontables manifestaciones de la materia inorgánica y de la vida. La naturaleza es pródiga en abrirse camino hacia una variedad creciente de especies y subespecies que sacan partido de la indefinida potencialidad de la materia prima. Las potencias distintivas del orden vegetativo y sensitivo adquieren las más variadas configuraciones anatómicas y fisiológicas: alimentación carnívora o herbívora, reproducción sexual o asexual, sistemas nerviosos y aparatos sensoriales de toda índole, locomoción terrestre, aérea o acuática, etc. Santo Tomás tiene plena conciencia del desafío que supone para la mente alcanzar la *quidditas rei*. Es difícil olvidar su sentencia según la cual «nuestro conocimiento es hasta tal punto frágil que ningún filósofo pudo jamás indagar perfectamente sobre la naturaleza de una mosca, por lo cual se lee que un filósofo estuvo treinta años en soledad tratando de conocer la naturaleza de la abeja<sup>7</sup>». Las dificultades derivadas de esta situación dieron lugar a la expresión *venatio definitionis*, la cacería de la definición.

---

<sup>5</sup> *Suma de Teología* I, 85, 1; *Suma contra los Gentiles* II, 77, etc.

<sup>6</sup> *Comentario a los Segundos Analíticos* II, lectio 7; *In Boetium de Trinitate* VI, 4 sed contra.

<sup>7</sup> *Comentario al Símbolo de los Apóstoles*, Proemio.

Hasta tal punto nos desconcierta este panorama, que según la opinión común hay solamente una esencia presente en el mundo físico cuya diferencia específica podemos captar con certeza y es la única que se presenta como diferencia fuera de la materia: se trata de la esencia humana y de su condición racional. No somos capaces de discernir con suficiente lucidez ninguna diferencia esencial que dependa por completo de la materia.

Según la antropología realista el alma humana es espiritual y subsistente, pero también es forma del cuerpo. Ahora bien, la forma como principio de actualidad se manifiesta en diversos órdenes de plenitud ontológica, por lo cual su oficio de forma debe entenderse analógicamente. Y su efecto informante en la materia refleja esa misma jerarquía: toda vez que *materia est propter formam*, puede apreciarse un salto de nivel en la organización de las partes materiales de la substancia natural cuando la forma en cuestión es un alma. Si se trata de un alma sensitiva, emergen de ella actos verdaderamente inmateriales, como son los que corresponden al conocimiento y el apetito. Pero no puede haber un salto ontológico más relevante que el que divide a lo corpóreo de lo espiritual, por eso es tan visible la peculiaridad de la especie humana en relación con los demás modos de ser de la naturaleza.

Pero así como resulta problemático establecer la diferencia específica de las substancias naturales no humanas, por razones semejantes puede volverse dificultoso el reconocimiento de un determinado individuo o grupo de individuos como hombres. Podríamos decir que hay una cierta «elasticidad» de la materia que habilita diferentes posibilidades de realización de aquellas disposiciones corporales congruentes con las funciones propias de un animal racional. A veces pueden no ser claros los signos empíricos y concretos que delaten la presencia de un alma espiritual. Esa falta de claridad puede adjudicarse en algunos casos a ciertos prejuicios de época, como cuando se ponía en discusión la naturaleza humana de la mujer, de los bárbaros o extranjeros, especialmente en el caso de los negros y los aborígenes americanos.

Pero hay al menos dos situaciones especiales que presentan dificultades intrínsecas<sup>8</sup>. La primera de ellas es la del estatus del embrión humano. Recordemos someramente que, según el juicio de Aristóteles, Galeno y la tradición árabe, la configuración morfológica del feto no permite atribuirle carácter verdaderamente humano antes del día 40 de la gestación. Y no hace falta agregar que la polémica sobre el asunto persiste hasta el día de hoy.

La otra, sobre la que habré de detenerme, tiene que ver con lo que, en forma coloquial, podríamos designar como «hombre prehistórico». Durante la mayor parte del desarrollo de la filosofía y la ciencia occidentales prevaleció el paradigma fijista, según el cual todas las especies naturales salieron directamente de la mano del Creador en el estado en el que hoy las conocemos. A lo sumo se daba lugar a la interpretación agustiniana del relato del Génesis, que postulaba una aparición sucesiva de las criaturas, si bien ya se las consideraba presentes en su semilla desde el inicio mismo del mundo. No había margen para considerar la hipótesis de la mutación de unas especies en otras.

A partir de las investigaciones de Lamarck, Wallace y sobre todo Darwin, se instala el modelo evolutivo de la naturaleza. En la medida en que apela solamente a causas naturales, a las que asigna un alcance universal (es decir que *todas* las especies provienen de un único ancestro), la teoría transformista se ve obligada a introducir como hipótesis *ad hoc* la existencia de numerosos eslabones intermedios entre las formas vivientes más antiguas y las más recientes. Con ello no solamente se cuestiona el fijismo, sino también la presunta discontinuidad entre especies pregonada desde Aristóteles, quien se representa la variedad de las sustancias corpóreas bajo la analogía de la serie de los números naturales: así como no hay dos números naturales iguales ni existe un término medio entre un número natural y el siguiente, lo mismo cabe decir de la secuencia jerárquica de las especies<sup>9</sup>. A partir de la teoría de la evolución los límites entre una especie y otra se vuelven virtualmente indiscernibles.

---

<sup>8</sup> Podría agregarse, eventualmente, el caso de los siameses y el de los individuos con malformaciones monstruosas.

<sup>9</sup> *Metafísica* VIII, 3 1043 b32 – 1044 a10.

Al parecer Darwin era renuente a publicar sus trabajos de campo y los estudios correspondientes, no solo por sus escrúpulos de rigor científico, sino para no escandalizar a la Iglesia de Inglaterra, a la que su esposa seguía devotamente. Muy a su pesar, su obra más célebre, *El Origen de las Especies*, suscitó reacciones mucho más allá del círculo de los expertos en biología. Por un lado, el clero anglicano rechazó con virulencia una doctrina que usurpaba de las manos de Dios la responsabilidad del diseño del mundo en sus expresiones más dignas, como son las que tienen que ver con la vida. Por otra, los agnósticos y materialistas de turno vieron la oportunidad para cimentar sólidamente sus concepciones y se abocaron con entusiasmo a elaborar una cosmovisión de tono evolucionista.

Pero para ello hacía falta un paso más que Darwin tampoco estaba dispuesto a dar espontáneamente: había que incluir al hombre mismo en esta secuencia de transformaciones, para llegar a la conclusión de que nuestro origen no está relacionado con barro, costillas ni soplidos, sino con un modesto dispositivo de selección natural del cual venimos a ser un producto más, tal vez ni siquiera el último. En parte bajo la presión de sus seguidores, en parte como gesto de rencor hacia la Iglesia, Darwin finalmente publica *La Descendencia del Hombre* y con ello desata la tormenta perfecta.

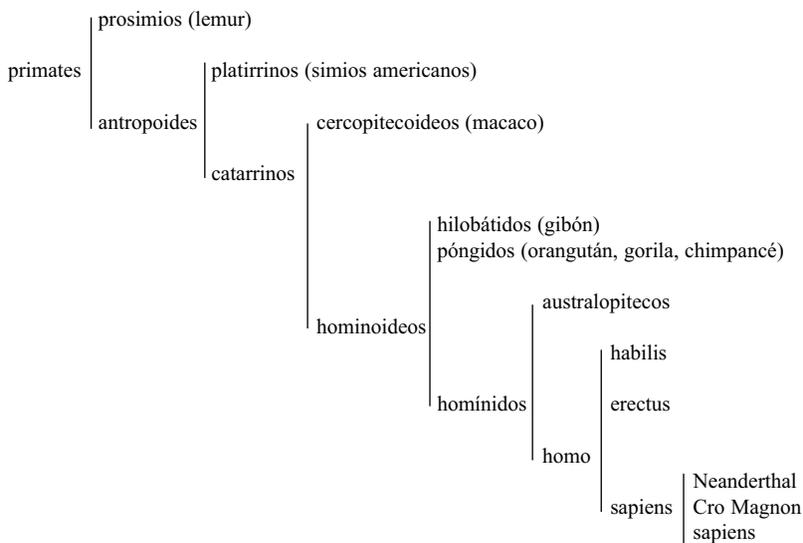
Es bien sabido que una de las objeciones más recurrentes contra el darwinismo ha sido la ausencia llamativa de vestigios de aquellos eslabones intermedios. Hasta los más recalcitrantes defensores del evolucionismo admiten que las colecciones de fósiles disponibles son claramente insuficientes como apoyo de esa teoría<sup>10</sup>. No obstante, la búsqueda de testimonios de aquellas especies extinguidas, iniciada de hecho por el propio Darwin en su viaje alrededor del mundo, ha servido para ajustar ciertos detalles de la teoría y, hasta cierto punto, servirle de confirmación. En tal sentido, no tardaron en aparecer los primeros restos de ejemplares que podrían considerarse como antecesores del hombre en el transcurrir evolutivo. En 1891

---

<sup>10</sup> Expresiones tales como «incertidumbre», «lagunas», «conjeturas», «noche cerrada», proliferan entre los paleontólogos. Cf. DÍAZ ARAUJO, E. *El evolucionismo* Paraná, Mikael, 1981, pp. 94-97.

Eugène Dubois da cuenta del hallazgo de un fragmento de calota, un fémur y dos molares en la isla de Java. En 1924 Raymond Dart identifica restos de un supuesto niño que habitó en Sudáfrica y al que por ello denominó *Australopithecus africanus*. Más tarde, otros investigadores como Robert Bloom, el matrimonio Leakey y demás fueron agregando nuevos aportes en la búsqueda de la reconstrucción del presunto linaje de la especie humana.

Como era de esperar, varios de esos fósiles representan instancias de transición entre los simios que conocemos, y con los cuales se advierte una semejanza especial, y la condición actual del ser humano. El ordenamiento hipotético de los restos ha permitido, al día de hoy, alcanzar un cierto consenso acerca de la ubicación taxonómica de la especie humana, que se describe en el siguiente cuadro sinóptico<sup>11</sup>:



Esta representación amerita algunos comentarios. Según se dijo al comienzo, el modo de definir establece la impronta de una ciencia. En tal sentido, la ciencia particular, en cuanto se distingue de la filosofía, adopta un encuadre conceptual que resigna la captación de la esencia, poniendo en su lugar una descripción

<sup>11</sup> Cf. JORDANA, R. «El origen del hombre. Estado actual de la investigación paleoantropológica» en *Scripta Theologica* 20, 1988 n. 1 pp. 65-99.

minuciosa de los accidentes que se supone vinculados a ella y que caen directamente bajo el rango empírico. Tal como lo ha expuesto de un modo elaborado Jacques Maritain, se trata de la diferencia entre el análisis empiriológico y el análisis ontológico: «en un caso, uno trata de definir por medio de posibilidades de observación y de medida, mediante operaciones físicas a realizar; en el otro caso, procura definir mediante caracteres ontológicos, por medio de los elementos constitutivos de una naturaleza o de una esencia inteligible, por oscura que la perciba<sup>12</sup>».

En el primer caso, la ciencia se halla desde hace mucho en estado de debate con respecto al concepto de especie y a los criterios empleados para su determinación. Tradicionalmente los parámetros que se han tenido en cuenta son tres:

- ✓rasgos morfológicos comunes y estables
- ✓aislamiento poblacional
- ✓interfecundidad entre individuos

Los avances en la exploración de la flora y la fauna actuales, como así también los hallazgos fósiles y la incorporación de la teoría genética, han complicado en extremo la aplicación de estos criterios. La morfología ha pasado a tener valor relativo en virtud de la posibilidad de mutaciones y secuencias intermedias ya aludidas. El aislamiento poblacional está condicionado por la intervención del hombre y la implantación de especies exóticas. La interfecundidad también ha disminuido su importancia a través de numerosos experimentos de hibridación. En definitiva, la postulación de tales o cuales especies permanece en el campo de lo hipotético<sup>13</sup>.

Sin perjuicio de lo dicho, los expertos se han esmerado por establecer indicadores razonablemente precisos respecto de la identificación del género *Homo*. Si bien las similitudes con otros grupos se han acentuado a raíz del descubrimiento de ciertas formas ancestrales, como los australopitecos, el examen

---

<sup>12</sup> *Filosofía de la naturaleza* p. 95.

<sup>13</sup> Cf. GIRI, F. - BLANCO, D. «Especie biológica (discusión epistémica)», en *IV Encuentro de Filosofía e Historia de del Cono Sur*, Buenos Aires, 2004; QUEIROZ, K. DE «Species concepts and species delimitation», en *Systematic Biology* 56, 2007, n. 6, pp. 879-886.

pormenorizado de los fósiles da lugar a un número importante de signos que confluyen en la determinación de la verdadera especie humana. Conviene distribuirlos en dos grupos:

a) rasgos morfológicos

Bipedalismo

Tamaño del cerebro

Diseño del cráneo

Versatilidad de la mano

Tamaño y disposición de las piezas dentales

b) Rasgos culturales

fabricación de herramientas líticas

expresiones artísticas y simbólicas

ritos funerarios

dominio del fuego

Es menester aclarar que la interpretación de los fósiles, en virtud de su escasez y fragmentación, suele ser controversial. Pese a ello los expertos aventuran la suposición de que la racionalidad, entendida como rasgo exclusivo y privilegiado del hombre, está presente, con cierta probabilidad, en todas las variedades del género *Homo*. La elasticidad de la materia a la que me referí hace un momento se aprecia en este caso si se observa que, por ejemplo, el cerebro del *homo habilis* no supera los 700 centímetros cúbicos, apenas superior a los 500 del chimpancé y lejos de los 1300 del hombre actual, que casi lo duplica.

Por otra parte, los autores tienden a asignar mayor peso en la determinación de la especie a los factores culturales que a los físicos. Al respecto cabe distinguir entre el proceso evolutivo de la anatomía corporal, conocido como «hominización», y el proceso correlativo de evolución en la conducta, al que se ha llamado «humanización». La hipótesis predilecta establece que ha sido el impulso hacia formas progresivamente más elevadas de la cultura lo que provocó la adaptación de los recursos físicos. Por otra parte, se cree que las distintas manifestaciones del género *Homo* se han fecundado mutuamente, por lo cual se concluye que, más que hablar de diferentes especies, son en

realidad *cronoespecies*, o sea variedades o «razas» humanas con marcados contrastes morfológicos y un casi total aislamiento poblacional en diferentes períodos de tiempo<sup>14</sup>.

Si se mira el asunto desde el punto de vista estrictamente filosófico u ontológico, y siguiendo con el enfoque del realismo hilemórfico, todo se reduce a la correcta apreciación del principio de correspondencia entre la materia y la forma, es decir, entre el cuerpo y el alma. En efecto, entre los vivientes se da la máxima afinidad entre forma y materia, hasta el punto de que el alma misma se encarga de modelar su propio cuerpo<sup>15</sup>. Al referirse al primer hombre, el Aquinate destaca la necesidad de poseer la dotación apropiada de recursos para ejecutar los mandatos del espíritu, en particular un cerebro proporcionalmente grande y la versatilidad manual, en función de lo cual se justifica además el andar erguido<sup>16</sup>. Así como sería inadmisibles atribuir carácter humano a un animal cuyo cuerpo no expresara cabalmente la aptitud para ser instrumento de la racionalidad, tampoco se puede arriesgar una inferencia desde ciertos parámetros anatómicos no suficientemente específicos. Sería temerario asegurar que una falange o una vértebra pertenecen a un individuo del género *Homo*, aunque otras partes de la arquitectura ósea pueden ser más significativas. No conviene fiarse demasiado de las definiciones apoyadas en la causa material, habida cuenta de que el principio de inteligibilidad siempre está del lado de la forma<sup>17</sup>. No sigamos en esto a Moisés, que confundió al murciélago con un ave<sup>18</sup>.

Por eso es decisivo cotejar los indicios morfológicos con aquellos que expresan un cierto grado de desarrollo cultural. Podríamos decir que hay una proporción entre la capacidad del

---

<sup>14</sup> AYALA, F. *Origen y evolución del hombre*, Madrid, Alianza, 1983 p. 97.

<sup>15</sup> «Todo cuerpo, y en grado máximo el de los animales, posee su propia forma y especie, y su propio moviente y su propio movido, y hay gran diferencia entre el cuerpo de un gusano y el de un perro, así como entre el cuerpo de un elefante y el de un mosquito [...] si hay un cuerpo determinado para cada alma, ningún alma puede animar a cualquier cuerpo, más aún, el alma misma se forma su propio cuerpo, en vez de asumir uno ya preparado.» *Comentario al Tratado Sobre el Alma* libro I lección 8 n. 25.

<sup>16</sup> *Suma de Teología* I, 91, 3 respuesta a las objeciones.

<sup>17</sup> *Comentario al Tratado sobre el Alma* I l. 2.

<sup>18</sup> Levítico 11, 19.

alma para configurar su propio cuerpo y la que posee para modificar la materia exterior: con un cerebro de 700 mililitros alcanza para pintar bisontes en una caverna, pero es imposible pintar la Capilla Sixtina. Sin embargo, la capacidad craneana del *Australopithecus* es ligeramente inferior a la del *Homo Habilis*, por lo cual los efectos a nivel de transformación del medio ambiente se vuelven a confundir en la frontera. Se ha podido detectar, por ejemplo, que algunas piedras modificadas manualmente pertenecen al lugar en el que se hallaron y otras no. Así también, hay tumbas donde los cuerpos aparecen solos y en otras con algún elemento ritual. En línea con la hipótesis de la evolución, podría pensarse que en otros tiempos hubo especies precursoras del hombre con un grado de desarrollo muy superior al de los animales que hoy más se nos asemejan<sup>19</sup>.

Y no está de más recordar que la materia también es causa en el orden dispositivo, por lo cual debe buscarse allí la razón que condiciona el despliegue de las posibilidades infinitas del espíritu. Todavía no sabemos de dónde provino el cuerpo del primer humano, pero todo indica que hubo un trayecto evolutivo, al menos intraespecífico, hacia niveles de organización somática cada vez más sofisticados que desembocan en el hombre actual. Y aquí no es procedente argumentar que el alma humana podría anidar en un cuerpo muy inferior, digamos el de cualquier simio, tal como lo hace en la célula resultante del óvulo recién fecundado. La diferencia está en que el embrión contiene en sí la potencialidad para llegar a ser un hombre adulto, mientras

---

<sup>19</sup>Maritain era de la opinión de que hubo una ascendencia de especies ontológicamente muy próximas a la humana, hasta tal punto que «este animal super-desarrollado, o este prehombré, estaba preparado para producir instrumentos y acceder a la “cultura” (o más bien precultura) en que todo el mundo hoy cree reconocer los signos característicos de hombres primitivos todavía no liberados totalmente de la bestialidad». Cf. «Cuatro seminarios sobre evolución», en *Revista de Filosofía* (México) n.17, 1973, p. 211. Por su parte, el Padre Sanguineti, apoyado en sus investigaciones sobre filosofía de la mente y su relación con la temática de la inteligencia animal, sostiene que las capacidades meramente sensitivas pueden alcanzar un alto nivel de destreza técnica, hasta el punto que, en su opinión, «no existe una operación *concreta y visible* que pueda considerarse como racional con absoluta certeza. Todo lo visible, aunque sea racional, siempre puede ser fruto de operaciones ligadas a la materialidad. Este punto vale para todo lo que hacen los animales, los homínidos y las máquinas informáticas.» *Filosofía de la mente*, Madrid, Palabra, 2007, p. 281.

que un animal inferior no podría alcanzar un estatus de especie superior sino en virtud de un influjo causal extrínseco, por vía de mutaciones o una intervención especial de Dios.

Como conclusión, considero que la definición esencial de hombre como animal racional no queda comprometida por las pautas de clasificación adoptadas por la ciencia. Más bien hay que tomarla como referencia para juzgar sobre la identificación específica de los restos que son objeto de la paleoantropología. Queda abierta la discusión sobre la pertinencia de los rasgos físicos y culturales exhibidos por los fósiles para establecer si las distintas variedades catalogadas bajo el género *Homo* son otras tantas formas subespecíficas del hombre. En cualquier caso, es un debate que augura interesantes frutos para la sabiduría y la ciencia, pues el hombre, como un verdadero *microcosmos*, es nuestro referente privilegiado a partir del cual llegar a una comprensión más profunda de toda la Creación.